

## A modo de isagoge

TOMÁS PAREDES

*Presidente de AECA (AICA-Spain)*

Tienes en las manos, lector, un libro necesario y útil a todos, desde el *marchand* o galerista, al coleccionista, creador o docente. Su autor tenía que ser Jesús Pedro Lorente, estudioso siempre activo, proficuo, generador de proyectos, alhaquín de iniciativas, mediador, introvagante, exergónico... Ya sé que esta forma de iniciar esta presentación no es académica; para serlo, tendría que haberme referido al Dr. Lorente, catedrático de la Universidad de Zaragoza, avalado por una gran bibliografía, en la que sobresalen sus análisis de la museística contemporánea y hodierna. Pero Jesús Pedro es campechano, cercano, conectivo, y convenía aquí dejar claro desde el principio que en este ensayo se revela su personalidad de hombre afable, contemporizador, sin pigracia, insistente, luchador, peleón, sin perder la sonrisa, gracianesco, con un punto de ingenuidad aragonesa, que no es tal, sino estrategia para evidenciar sus argumentos, que disecciona y segismunde. De una parte, representa la continuidad de la tradición de sus predecesores, de aquellos que abrieron costosamente caminos por los que hoy marchamos con comodidad: Camón Aznar, Gaya Nuño, Azcoaga, Aguilera Cerni, Ángel Azpeitia (su querido maestro, de quien ha publicado una antología de sus reseñas expositivas disponible en la web de AECA: <http://www.aecaspain.es/index.php/publicaciones/libros-y-articulos>). De otra, representa la globalización actual: políglota, teórico, docente, culto, con unas relaciones internacionales impresionantes, como se puede ver a lo largo de su texto y como yo he presenciado.

El autor de este oportuno ensayo es un eslabón importante, ¡y lo será más!, en la historia de la crítica de arte realizada en España en conexión con la docencia universitaria. Forma parte de una cadena de personalidades con ese perfil muy destacadas en la Asociación Española de Críticos de Arte, de cuya Junta Directiva es miembro veterano, siempre cariñoso, a veces quisquilloso, estricto con las normas, conocedor de Estatutos y Reglamentaciones. Práctico, en su circulación por el mundo y en su investigación, riguroso. Dialogante, pensativo, resuelto, filoneista, cita siempre con fuente precisa, lo que indica su rigor científico. Aparentemente disperso, se ordena y concreta en la escritura, que estructura con sentido histórico y cronológico. Se diría frío, desalado, pero más bien es precavido, conciso, conhorta, acidalio, sabe sufrir cuando toca, sin perder la compostura, inconcuso. Hemos luchado, codo a codo, por la presencia de AECA, Asociación Española de Críticos de Arte, y porque se respete en AICA la cooficialidad de las tres lenguas que proclaman sus Estatutos: español francés e inglés. Algo que se menosprecia sistemáticamente en sus reuniones, imponiendo sólo el uso de un inglés que viene a ser como aquel *traductés* del que hablaba Cortázar. Conviene apuntar que el Prof. Lorente es vicepresidente de AICA y miembro muy activo de varias de sus comisiones internacionales, como su Comité Electoral y de Membrecía, o el de Congresos, aunque aquí quizá importe más destacar su pertenencia a la Comisión de Archivos y Memoria Viva, presidida por otra figura que aúna sabiduría y sencillez, el inglés Henry Meyric Hughes.

¿Cómo calificar el contenido de este estudio del profesor Lorente? Ortodoxo, cuidado, completo, respetuoso con los antecedentes. Es, desde hace varios lustros, el primer estudio ponderado, equilibrado, feraz, brillante sobre la materia, y además, pionero en introducir en este tipo de literatura historiográfica española la realidad bibliográfica y curatorial latinoamericana, así como las de otros ámbitos internacionales.

El autor se proclama admirador de Juan Antonio Gaya Nuño y su libro de 1975 *Historia de la Crítica de Arte en España*, escrito en respuesta a la ausencia de autores de nuestro país en el libro precursor de Lionello Venturi, pero aquí se nos presenta una ambiciosa panorámica histórica, partiendo de la Ilustración y llegando hasta hace unos decenios, lo que habitualmente no ocurre en el género.

Escrito con amenidad, rebosante de datos, no cae en el atosigamiento ni en la asfixia, permitiendo una lectura sustancial, placentera, fluida. Desde luego es una visión respetuosa con el orden establecido, sin sobresaltos, no exhaustiva, pero generosa, fértil. Percibo que su conocimiento de la bibliografía y la realidad del mundo anglosajón son soberbios sin dejar de lado la rica tradición cultural francesa. Pienso que pasa de puntillas sobre la bibliografía alemana, que tanto influyó en la historiografía artística de generaciones anteriores. Inevitablemente, ha dejado de lado muchos nombres de diversas culturas y disciplinas que quizá hubieran merecido al menos una mención: aunque no sea crítico de arte genuino, el italiano Alfonso Berardinelli habría sido un pertinente paradigma de la nueva heterodoxia en la crítica cultural. Hubiera sido de agradecer algún punto de polémica, como sí se atreve a hacer Jesús Pedro en otros foros, por ejemplo cuando habla, critica o debate controvertidamente acerca de los museos y las museologías pasadas o recientes, restaurando aquel lema ya clásico de La Fontaine: «Yo estaba allí y lo vi».

Lo más atrevido de este libro casi parece su subtítulo, que proclama la crítica de arte en crisis permanente; pero, como se verá, no es un postulado del autor, sino una idea histórica recurrente, pues desde que existe esta profesión siempre ha estado cuestionada: por los artistas, por la sociedad, por los propios críticos... Pero la figura del crítico de arte es hoy más que nunca necesaria en nuestra vida social. A pesar del cada vez mayor poder consagrador del mercado, de los *lobbies*, del actual sistema enfermo, la crítica sigue teniendo un lugar

y una misión entre nosotros. Muchos medios de masas de nuestra sociedad han encumbrado al estrellato a *celebrities*, demagogos y vendedores de humo; urge reivindicar un mayor protagonismo a pensadores, científicos, críticos, estudiosos, compartiendo tribunas con poetas y artistas, merecedores de nuestra consideración por sus aportaciones a la cultura. En esa dinámica, hay que dar las gracias a autor y editorial por señalarnos algunos de los más importantes críticos de arte, que constituyen un canon cultural al que otros estudiosos irán apostillando, añadiendo o quitando otros nombres, desde sus respectivas perspectivas personales e históricas.